

PLAN DIOCESANO DE EVANGELIZACIÓN

PRIMER ANUNCIO Y ACOGIDA
(2023-2025)

Jesucristo, primer anuncio
Pedro Luis Vives Pérez

CUADERNOS DE FORMACIÓN/ **1**
Diócesis de Orihuela-Alicante



PLAN DIOCESANO DE EVANGELIZACIÓN

PRIMER ANUNCIO Y ACOGIDA
(2023-2025)

Jesucristo, primer anuncio

Pedro Luis Vives Pérez

Delegado diocesano de formación permanente

CUADERNOS DE FORMACIÓN/ **1**
Diócesis de Orihuela-Alicante



1

Primera parte

Jesucristo, «Evangelio eterno»

P. 05

I. El «primer anuncio»
en la vida actual de
la Iglesia **P. 07**

II. Jesucristo es el
centro del anuncio
P. 13

2

Segunda parte

Anunciar a Jesucristo hoy

P. 19

III. Jesucristo, Buena
noticia. (La misión
mesiánica) **P. 21**

IV. Jesucristo, nuestra
pascua. (El paso de
la muerte a la vida)
P. 35

3

Para dialogar y
profundizar...
guía para la lectura
personal y/o
trabajo en
grupo

P. 57

contenido

Primera parte

**Jesucristo,
«Evangelio eterno»**

I.

El «primer anuncio» en la vida actual de la Iglesia

Significado del término «primer anuncio»

Con el término «primer anuncio» se quiere designar una realización eficaz de la Palabra de Dios, que contiene un doble efecto:

- a) «Generador» del primer encuentro con Jesucristo y
- b) «Realimentador» de la vida con Cristo y en Cristo¹.

De ahí que el término «primer anuncio» se empareje con otros términos bíblicos como «Evangelio» y la palabra «kerigma»². Así sucede en San Pablo cuando afirma: «no me avergüenzo del evangelio de Dios, que es fuerza de Dios para se salve todo el que cree» (Rom 1,1-17). Con el término evangelio se refiere al amor de Dios manifestado y ofrecido en la muerte y resurrección de Cristo que tiene la capacidad de ser eficaz en la situación de cada creyente. También al principio del cristianismo existía una palabra equivalente a Evan-

1 X. Morlans, «La reintroducción del primer anuncio en la pastoral ordinaria de la Iglesia Católica. Redescubrimientos y controversias»: en Congreso Nacional de Laicos, *Pueblo de Dios en salida*, Madrid 14-16 febrero 2020, (Ecclesia) 22.

2 X. Morlans, «La reintroducción del primer anuncio en la pastoral ordinaria de la Iglesia Católica. Redescubrimientos y controversias»: en Congreso Nacional de Laicos, *Pueblo de Dios en salida* (Ecclesia) 24-25.

gelio: se trata de la palabra *kerigma*, que en griego significa pregón o proclamación, y que se refiere al anuncio gozoso del amor de Dios manifestado en Cristo muerto y resucitado. Así aparece abundantemente en la primera predicación apostólica en el libro de los Hechos (por ejemplo, Hch 2,23-24.36; 3,12-26;4,9-12; 5,29-32; 10,34-43).

Importancia del anuncio para la pastoral de la Iglesia hoy

El término «primer anuncio» reviste una importancia especial en el lenguaje pastoral de la Iglesia hoy³. Con ello se quiere provocar una vuelta de la vida de la Iglesia al centro de la actividad misionera de Jesús, enviado por el Padre, ungido por la fuerza del Espíritu, para anunciar el evangelio del Reino.

La misma predicación de Jesucristo estuvo centrada en la llamada a convertirse como signo de la llegada del Reino de Dios (cf. Mc 1,15). Con el anuncio del Reino en la venida y la presencia de la misma persona de Jesús, se realizaba ya el acontecimiento de la llegada de la acción misericordiosa de Dios que venía a cumplir lo anunciado por los profetas: la intervención de Dios a favor de todo el pueblo, empezando por los últimos, los pobres, los más desvaídos. Por ello, es lógico suponer que, una vez ocurrida la muerte y la re-

3 Cf. J. Gevaert, *El primer anuncio. Proponer el Evangelio a quien no conoce a Cristo. Finalidades, destinatarios, contenidos, modos de presencia*, Sal Terrae, Santander 2004; J. C. Carvajal Blanco, *Pastoral del primer anuncio*, Universidad Eclesiástica San Dámaso, Madrid 2022. E. Sánchez Alarcón, «Nueva evangelización y primer anuncio»: *Facies Domini* 5 (2013) 337-370. A parte de los clásicos: H. Rahner, *Teología del anuncio. Doce lecciones sobre la teología kerigmática*, BAC, Madrid 2019; K. Rahner – B. Häring, *Palabra en el mundo. Estudios sobre teología de la predicación*, Sígueme, Salamanca 1972; J. Ratzinger, *Palabra en la Iglesia*; Sígueme, Salamanca 1976.

surrección de Jesús, los apóstoles anuncien que ese Reino ha irrumpido en la vida y la misión del mismo Jesús. Así lo confirma el inicio de la carta a los Romanos de Pablo: «Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, escogido para el *evangelio de Dios*, que fue prometido por sus profetas en las sagradas Escrituras, *y se refiere a su Hijo*, nacido de la estirpe de David según la carne, constituido Hijo de Dios en poder según el Espíritu de santidad por la resurrección de entre los muertos» (Rom 1,1-4). Aquí el «evangelio de Dios» se refiere «al Hijo de Dios», es decir, es el mismo Reino de Dios que ya no puede separarse ni de Cristo ni de su Iglesia (San Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 18). El anuncio del Evangelio se identifica con la acogida de la persona de Jesús y de su Iglesia, por ello no sólo exige conversión, sino también confesión de fe en Jesús como Hijo de Dios.

En consecuencia, de esta vuelta al primer anuncio de Jesús y de la Iglesia apostólica se espera ahora la revitalización de la misión evangelizadora de la Iglesia hoy. «No puede haber auténtica evangelización sin la proclamación explícita de que Jesús es el Señor, y sin que exista un primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización» (Papa Francisco, *Evangelii Gaudium* [= EG], 110). Para hacernos cargo de lo que busca y quiere el Papa Francisco con esta llamada, es preciso, primero, saber qué entiende por primer anuncio, segundo, conocer cuál es contenido y, en tercer lugar, los diversos usos que le otorga la pastoral de la Iglesia⁴.

1) Con su apelación a la importancia del primer anuncio, el Papa Francisco señala que éste no es sólo el origen de la labor evangelizadora hoy, sino su *centro*

4 Cf. J. C. Carvajal Blanco, *Pastoral del primer anuncio*, 69-72

mismo. Así lo explica a continuación: «Cuando a este primer anuncio se le llama ‘primero’, eso no significa que está al comienzo y después se olvida o reemplaza por otros contenidos que lo superan. Es el primero en un sentido cualitativo, porque es el anuncio principal, ese que siempre hay volver a escuchar de diversas maneras y ese que hay que volver a anunciar de una forma o de otra» (EG 164). El anuncio es la llave que una y otra vez abre el misterio de la fe y da acceso a la experiencia cristiana. Por eso, «el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario» (EG 35).

2) Lo esencial del primer anuncio es la presencia pascual, resucitada, de Cristo. Ese es su *contenido* nuclear. Así lo expresa el Papa: «Su centro y esencia es siempre el mismo: el Dios que manifestó su amor inmenso en Cristo muerto y resucitado» (EG 11). El anuncio, por ello, no es mera noticia, no informa de algo que ocurrió, ni se desarrolla un proceso argumental. El anuncio —cuando se hace en las condiciones debidas (cf. EG 128. 165)— posee la fuerza del Espíritu que, a través del testimonio y las palabras del cristiano, hace presente el acontecimiento pascual de Jesucristo por el que la misericordia del Padre se ofrece como salvación del hombre. «El kerigma es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre» (EG 164). Se trata de proponer a través del anuncio la presencia pascual de Cristo en un diálogo misionero que «es simultáneamente acto de anuncio y contenido mismo del anuncio, que revela y hace presente el Evangelio» (*Directorio de la cate-*

quesis, 58). Este dinamismo trinitario del anuncio del kerigma envuelve toda la propuesta evangelizadora devolviendo frescura, novedad y contemporaneidad del creyente en su encuentro con Cristo. Esta inmediatez directa con Cristo la ilustra con dos ejemplos el Papa Francisco: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte» (EG 164; «Siempre recordando el anuncio fundamental: el amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y su amistad» (EG 128).

3) El primer anuncio, para el Papa Francisco, no sólo es el núcleo de la acción misionera, en sentido estricto; sino también, para que sean verdaderamente evangelizadoras, debe latir en todas las actividades que la Iglesia lleva a cabo. Señalamos algunos de esos ámbitos:

— En la formación y en la catequesis. En efecto, «el primer anuncio debe provocar también un camino de formación y de maduración» (EG 160). Este camino formativo, que tiene en la catequesis su modo más propio, nunca debe dejar atrás el anuncio, pues en realidad «supone la profundización del kerigma que se va haciendo carne cada vez más y mejor» (EG 165), de modo que el discípulo pueda ir identificándose con quien su Maestro y Señor.

— La liturgia también es un ámbito extraordinario de evangelización. De hecho, «la Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia» (EG 24). Y en el corazón de las celebraciones litúrgicas está la homilía que no es un

discurso cualquiera, sino que «se funda en la convicción de que es Dios quien quiere llegar a los demás a través del predicador y de que él despliega su poder a través de la palabra humana» (EG 136).

—También en la piedad popular resuena el anuncio, porque ella «es expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios» (EG 122). Y esto, hasta tal punto, que el Papa la vincula con la acción del Espíritu: «en la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar: sería desconocer la obra del Espíritu Santo» (EG 126).

—También existe una vinculación especial entre anuncio de Jesucristo y la promoción humana: «El kerigma tiene un contenido ineludiblemente social: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso social» (EG 177). Esta es la lógica: si del kerigma deriva el compromiso social (cf. EG 178), entonces no debe haber duda de que el ejercicio de este compromiso, por vía de la caridad fraterna y de la solidaridad con los pobres, se da testimonio de aquello que el propio anuncio declara.

II.

Jesucristo es el centro del anuncio

Volver al kerigma para encontrar hoy a Cristo

Si la Iglesia privilegia hoy la necesidad de volver y partir del primer anuncio de Jesucristo es por el alejamiento que la sociedad de hoy tiene hacia el Evangelio que, en el fondo, se refiere a la presencia de Cristo en el mundo. Es necesario volver a anunciar que Cristo no está ausente del mundo, sino que, desde su resurrección, está más presente en él y más cercano al corazón de cada hombre. Anunciar a Cristo es volver a proponer el centro de nuestra fe, puesto que «no se comienza a ser cristiano por un a decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida» (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1).

En la necesidad de renovar el encuentro con Cristo es donde se descubre la invitación a volver una y otra vez al kerigma (cf. EG 16): al anuncio del amor salvífico de Dios manifestado en la muerte y resurrección de su Hijo, Jesús (cf. EG 164). Un amor capaz de liberarnos del pecado y de la tristeza, un amor que nos humaniza y que nos ayuda a llevar una vida verdaderamente nueva (cf. EG 264).

El centro de la fe es el encuentro con Jesucristo. «Cristo es el ‘Evangelio eterno’ (Ap 14,6), y es ‘el mismo ayer y hoy y siempre’ (Hb 13,8), pero su riqueza y su hermosura son inagotables. Él es siempre joven y fuente constante de novedad» (EG 11). En efecto, en virtud de su pascua, Cristo sigue vivo y sigue saliendo

al encuentro de quien le busca con sincero corazón. Quien se encuentra con él, se encuentra con el amor creador y regenerador de Dios. Nunca hay que dar por descontado ni el conocimiento ni la acogida de dicho amor. Al contrario, quien se encuentra con Cristo no puede dejar de asombrarse por «la profundidad de la riqueza, de la sabiduría y del conocimiento de Dios» (Rm 11,33), no puede dejar de experimentar como dicho encuentro renueva su vida y rompe los esquemas aburridos (cf. EG 11).

Cristo resucitado irrumpe con novedad en la vida del hombre. Al hacerse presente, renueva todas las cosas. Por eso el hombre, no se cansa de acudir a Cristo. Es una fuente capaz de saciar todos los anhelos y búsquedas del hombre. Este es efecto de su permanente misterio. Su permanencia en el tiempo humano no se explica sólo por el impacto cultural y religioso que ha tenido en la historia de la humanidad. A pesar de las diversas interpretaciones que se han dado de Jesús a lo largo de la historia, dentro y fuera del cristianismo, permanece verdadera la afirmación de la cara a los Hebreos: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre» (Heb 13,8). La comprensión cristiana de su presencia en la historia supera y lleva a su cumplimiento las interpretaciones humanísticas y religiosas de Jesús. Para los cristianos, Jesús no es un relativo o uno de tantos grandes modelos de humanidad y religiosidad, sino un absoluto: El es el único y solo el que puede llevar a la plena realización a toda la persona humana, junto con toda la humanidad y el cosmos. Es la confesión de fe de san Pablo VI, que puede servirnos de oración y meditación sobre el significado de Cristo hoy para nosotros.

*Jesús está en el vértice de la aspiración humana,
es el término de nuestras esperanzas y de nuestras
oraciones,
es el punto focal de los deseos de la historia y de la
civilización,
es decir, el Mesías, el centro de la humanidad,
Aquel que da un valor a las acciones humanas,
Aquel que conforma la alegría y la plenitud de los
deseos de todos los corazones,
el verdadero hombre, el tipo de perfección, de belle-
za, de santidad,
puesto por Dios para personificar el verdadero mo-
delo,
el verdadero concepto de hombre, el hermano de to-
dos, el amigo insustituible,
el único digno de toda confianza y de todo amor:
es el Cristo-hombre.
Y, al mismo tiempo, Jesús está en el origen de toda
nuestra verdadera suerte,
es la luz por la cual la habitación del mundo
toma proporciones, forma, belleza y sombra;
es la palabra que todo lo define, todo lo explica, todo
lo clasifica, todo lo redime;
es el principio de nuestra vida espiritual y moral;
dice lo que se debe hacer y da la fuerza, la gracia, de
hacerlo;
reverbera su imagen, más aún su presencia,
en cada alma que se hace espejo para acoger su rayo
de verdad y de vida,
de quien cree en El y acoge su contacto sacramental;
es el Cristo-Dios, el Maestro, el Salvador, la Vida»*

(Alocución del 3 febrero de 1964).

El kerigma apostólico como acceso a Jesús hoy

Esta fue la experiencia vivida por los primeros testigos directos de Jesús, los que vieron y tocaron a la Palabra de la vida: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó» (1 Jn 1,1-2). El anuncio del Resucitado atrae hacia sí la comunión de vida con él; oír, tocar y ver a Jesucristo.

Del mismo modo aparece este testimonio en la predicación apostólica de los orígenes, tal como recoge el libro de los Hechos de los Apóstoles, en los diversos discursos kerigmáticos de san Pedro y san Pablo (cf. hch 2,14-39; 3,12-26; 4,9-12; 5,29-32; 10,34-43; 13,16-41;17,22-31)⁵. Tienen el objetivo de anunciar el misterio de Cristo, su muerte y su resurrección del cual se da testimonio con palabras y con obras. En ellos los estudiosos han encontrado una «cristología sumergida» (C. K. Barret), que servirá de base para la elaboración y la redacción de los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. En ellos se trazan los tramos y las figuras de la historia de Jesús⁶. Tomando como pretexto uno de esos discursos, el de Pedro a Cornelio en Hch 10,37-42, se pueden establecer los criterios de acceso a la historia de Jesús, para anunciarla de nuevo hoy a nuestros contemporáneos.

5 Para el análisis de cada uno de ellos, cf. J. Rico Pavés, *Cristología y soteriología. Introducción al misterio de Jesucristo*, BAC, Madrid 2016, 142-145.

6 Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios. La historia personal de Jesús*, San Fulgencio, Murcia 2022.

«Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios por la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. A éste lo mataron, colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de la resurrección de entre los muertos» (Hch 10,37-42).

La narración de la vida de Jesús que ofrece este discurso debe ser vista no tanto como información biográfica, sino como una auténtica y completa comunicación de la fe, de representación de los acontecimientos salvíficos, de interpelación existencial, de conversión y de invitación a un apostolado coherente. Seguir en adelante los elementos más destacados del anuncio de la vida de Jesús (su predicación y vida pública, el misterio pascual de muerte y resurrección), nos puede ayudar a proponer de nuevo el anuncio y la confesión de Jesucristo como Buena Noticia para el hombre actual.

Segunda parte

Anunciar a Jesucristo hoy

III.

Jesucristo, Buena noticia (La misión mesiánica)

«Lo que sucedió en toda Judea»: el acontecimiento histórico de Jesús

Jesucristo no es un mito, ni una idea atemporal, ni una creación literaria, Jesús es un personaje histórico, en el sentido pleno del término. El primer núcleo de todo anuncio cristológico es la narración de la historia de Jesús como fuente primaria de la experiencia cristiana de todo tiempo y espacio. De hecho, la historia concreta de Jesús de Nazaret —sus gestos, sus palabras, sus actitudes, su doctrina, su testimonio, su muerte en la cruz, su resurrección— constituye la salvación definitiva ofrecida por Dios a toda persona humana. Su historia es, por tanto, «historia de salvación» para todo ser humano y para el cosmos entero⁷.

En el discurso de Pedro a Cornelio, la referencia a la historia de Jesús forma parte del contenido y la norma de nuestro anuncio de fe. Allí se menciona el inicio de su actividad (sucedió en Judea), partiendo de la unción del Espíritu Santo sucedida a orillas del Jordán y el testimonio se alarga hasta su muerte en la cruz. De hecho, estos dos sucesos, bautismo en el río Jordán, al inicio, y muerte en la cruz, al final, son los dos puntos históricos entre los que se puede ordenar. Relativamente bien la actividad pública de Jesús⁸.

7 Cf. Comité para el Jubileo del año 2000, *Jesucristo, Salvador del mundo*, BAC, Madrid 1996, 71-72.

8 Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios. La historia personal de Jesús*, San Fulgencio, Murcia 2022.

También la predicación apostólica precisa con claridad los escenarios geográficos en los que desenvuelve la acción mesiánica de Jesús: se trata de Galilea y Judea (más particularmente, Jerusalén). Dos referencias topográficas que pronto asumirán, para los evangelios, una relevancia teológica importante: se convertirán en el escenario y el «teatro» del ministerio mesiánico de Jesús. Galilea y Jerusalén no van a ser, por eso, sólo unas referencias locales y espaciales de la vida de Jesús, de su inicio y de su final, sino también dos categorías teológicas más allá del escenario real de su historia.

Así el ministerio público de Jesús se desarrolla en un doble período⁹: la acción de Galilea (predicación del Evangelio) y la pasión en Jerusalén (proceso, condena y muerte). El gozne entre las dos etapas es la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo (cf. Mc 8,27-30; Mt 16,13-20; Lc 9,18-21). Esta confesión de Pedro marca un cambio de horizonte y rumbo en la misión de Jesús, fruto de su conciencia iluminada ante el futuro destino de muerte.

El *periodo galileo*, que parecía tener su epicentro en la ciudad de Cafarnaún (de donde provienen también algunos de sus discípulos), se caracteriza por el anuncio programático de la venida del Reino de Dios, Jesús, por tanto, habla de Dios, no de sí. Este anuncio hace acudir a un gran número de personas tras el Nazareno: entre ellas destaca pronto un grupo más restringido que comparte de cerca su misión. Comienza así un movimiento de una cierta importancia, cuya noticia llega también a Judea, suscitando al principio interés, más tarde desconcierto y también rechazo de las autoridades y jefes del pueblo judío.

⁹ Cf. P. Coda, *Dios entre los hombres. Breve cristología*, Ciudad Nueva, Madrid 1993, 56-57.

El *periodo jerosolimitano* no abarca sólo la última visita de Jesús a Jerusalén, la que conducirá a su arresto y a su condena, sino, en general, a toda la segunda parte de la misión de Jesús. En un cierto momento (ofreciendo los evangelios muestra de ella desde la confesión de fe en Cesarea), el proyecto mesiánico de Jesús parece atravesar una cierta «crisis» debido a la falta de comprensión de los oyentes. Conoce la hostilidad de fariseos y saduceos, la frustración de sus esperanzas por parte de los zelotes, incluso la gente sencilla disminuye a su alrededor. Se produce un rechazo por la mayoría de Israel, tras el entusiasmo inicial. Todo esto no hace sino precisar, en la autoconciencia de Jesús y en su modo concreto de afrontar los acontecimientos, el significado de su misión. A partir de estos momentos Jesús parece dedicarse con cuidado especial a la formación de sus discípulos más cercanos, precisando a ellos más directamente y más abiertamente la naturaleza de lo que va a suceder y su identidad de enviado por el Padre.

«Ungido por Dios por la fuerza del Espíritu Santo»: bautismo y tentaciones

Jesús empieza su misión en el mundo en su bautismo por manos de Juan, el Bautista¹⁰. Juan, el profeta de la conversión, predicaba e invitaba a la gente a bautizarse como signo de que quería purificarse, cambiar de estilo de vida, seguir un camino de fidelidad al Señor. Y un amplio movimiento de gente, de israelitas deseosos de vida nueva, de hombres dispuestos a estar preparados para recibir la salvación de Dios, va a escuchar al Bautista, va a recibir el bautismo de sus

10 Cf. J. Lligadas, *Meditaciones sobre Jesús*, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 1991, 13s.

manos. Es un reconocimiento colectivo, masivo, de la situación de mal y de pecado en la que los hombres vivimos. Es una manifestación colectiva de la voluntad de superar ese mal y ese pecado.

Y, junto ahí, en medio de ese movimiento, de esa marea de personas deseosas de cambio, aparece Jesús. Y ¿qué hace, entonces? No, no empieza inmediatamente a predicar. Jesús se deja bautizar por Juan. Se pone en la fila de los pecadores, y recibe aquel bautismo de reconocimiento del pecado y del deseo de conversión. Se pone en aquella fila, y así se muestra solidario de todos los hombres marcados por este mal y este pecado. También él se mete en el agua, se sumerge en el hondo de este misterio del mal que domina la historia, sumergiéndose a la vez en un destino común con este destino común: se hace «uno» con ellos, uno de ellos. No es extraño que toda la existencia de Jesús, con su desenlace en la cruz, esté anticipado en esta escena del Bautismo; no es extraño que, desde su descenso al agua del Jordán, Jesús comience su travesía hasta el Calvario de la pasión. De ahí que el mismo Jesús y, junto a él, la Iglesia primitiva, haya expresado a través del símbolo de un único «bautismo», uno único, el crucial movimiento de inmersión en la condición del hombre, que culminará con el evento de la cruz¹¹.

Por ello, este gesto concreto con que Jesús inaugura su ministerio es el primer testimonio que tenemos de su conciencia «mesiánica», es decir, de su misma autoconciencia acerca de su misión y tarea que les es

¹¹ Mc 10,38-39: «Jesús les dijo: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?». Ellos le dijeron: «Sí, podemos». Jesús les dijo: «La copa que yo voy a beber, sí la beberéis y también seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado; pero, sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado»; Lc 12,50: «Con un bautismo tengo que ser bautizado y iqué angustiado estoy hasta que se cumpla».

confiada por Dios y que lo empuja a inaugurar un camino nuevo en medio de la historia de los hombres. Jesús aparece decidido desde el inicio a recorrer el camino de su misión a la luz de la figura bíblica del «Siervo de Yahvé» que aparece en el libro del profeta Isaías. Se trata de la vía de la solidaridad con todos los hombres, llevada hasta el sacrificio de sí mismo.

De ahí, que la tradición evangélica le conceda al acontecimiento del bautismo una importancia particular. En efecto, la consideran como una manifestación especialísima de Dios (Trinidad), en el sentido que, es en este momento, recibiendo este bautismo de conversión, cuando se podrá reconocer la presencia del Espíritu Santo sobre él y la palabra del Padre acerca de su identidad: «Tú eres mi Hijo amado, mi preferido». Por ello, los evangelios enmarcan el acontecimiento del bautismo en el contexto de una «teofanía» (revelación de Dios): los cielos abiertos, Dios que se complace en Jesús, la consagración del Espíritu... Sí, Jesús es el Siervo a la vez Hijo de Dios, lleno del Espíritu Santo. Este que se hace solidario del pecado del mundo y se une al camino de todos los que quieren luchar y hacerlo desaparecer. Este que convierte toda su vida, como dice san Pedro, en un «pasar haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo» (Hch 10,28). Este que, como dice Isaías, «promoverá fielmente el derecho, no se quebrará ni vacilará hasta implantar el derecho en la tierra» (Is 42,2-4), pero lo hará desde dentro, al estilo del Siervo, desde la pobreza de la condición humana, sin valerse de ningún poder más allá del amor y del esfuerzo constante: «no gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará».

Y así, asumiendo totalmente nuestra condición humana, ese Jesús que contemplamos bautizado en las

aguas del Jordán nos manifestará el camino de Dios, nos mostrará quién es Dios y hacia dónde quiere conducirnos. Aquí, dice san Pedro, desde ahora, en que él se apunta a la fila de los últimos y se muestra totalmente hombre como nosotros, podemos decir que Jesús es ungido en su carne para la misión del Siervo, para su misión de dar su vida en rescate por todos: «Dios le ungió con la fuerza del Espíritu Santo» (Hch 10). Jesús realiza su misión en profunda adhesión a la voluntad del Padre que le envía, empujado y consagrado por aquella divina energía (el divino Espíritu, la *rúah*) que ya habían experimentado los profetas y que había sido prometida con sobreabundante plenitud para los tiempos mesiánicos.

Así comienza Jesús su andadura, su camino de salvación. Él, entrando en el agua del Jordán, ha comenzado la liberación del mal y del pecado para todos los que quieran seguirle. Él, bautizado por Juan, abre un camino de fidelidad a Dios. Un camino que lo llevará hasta la cruz. Y allí, en la cruz, pro la resurrección, se manifestará de nuevo, y definitivamente, que «Dios estaba con él» (Hch 10), que Dios se revela viviendo hasta el fondo la vida de los hombres, con toda su carga de pecado y de mal. Y aquí nos salva. Así nos llena de su mismo Espíritu y nos hace hijos suyos.

Por ello, los que creemos en él, hemos reconocido en Jesucristo como el Hijo amado de Dios, portador del Espíritu, y así, por la fe y el bautismo, nos incorporamos a este camino de Dios abierto por Jesús en la tierra, a este camino de vida plena. Una vida que se hace realidad ahora, cada día, en nuestra propia condición humana.

El mismo tema de la conciencia «mesiánica» de Jesús aparece en el episodio que los evangelios sitúan justo después del bautismo: las tentaciones de Jesús

en el desierto¹². De hecho, ambos episodios, constituyen un *díptico* introductorio a la misión evangelizadora de Jesús. «Jesús, lleno de Espíritu Santo, volvió del Jordán y el Espíritu lo fue llevando durante cuarenta días por el desierto, mientras era tentado por el diablo» (Lc 4,1). El mismo Espíritu que había descendido sobre Jesús en el bautismo, es el que ahora le guía por el desierto, escenario de la tentación. Si en las aguas del Jordán Jesús había inaugurado su misión, como Hijo de Dios y como profeta al estilo del Siervo de Yahvé, ahora se nos explica la manera de ejercer la misión encomendada. La misión de Jesús, inaugurada con la unción del Espíritu en el Jordán, implicaba en efecto entrar de lleno en el «drama de la existencia humana, recorrerlo hasta sus últimas profundidades para así encontrar a la ‘oveja perdida’, cargarla sobre sus hombros y llevarla a casa» (J. Ratzinger- Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, 159).

La tentación de Jesús consiste en el modo de realizar su *mesianismo* salvífico. Mateo y Lucas ofrecen una descripción detallada en torno a tres tentaciones. «¡Si eres Hijo de Dios, utiliza el poder en tu servicio, para que no tengas que preocuparte de nada y puedas vivir tranquilo, convirtiendo las piedras en panes! ¡Tírate abajo desde el alero de Templo y todo el mundo quedará boquiabierto viendo lo importante que eres y lo capaz que eres de lograr su solo cuanto te propongas, sin necesidad de nadie! Y, en definitiva, haz lo que todo hombre desea, ivéndete tú mismo a la adoración del mal, para conseguir lo que deseas y serás dueño de todo, amo del mundo!

Jesús venció la tentación. La venció desde la suprema obediencia a su ser filial, como Hijo de Dios, desde la obediencia a la escucha de la Palabra de Dios,

12 Cf. J. Lligadas, *Meditaciones sobre Jesús*, 16s.

desde el cumplimiento dócil a la voluntad del que le había enviado. Venció la tentación que desde el principio recorre la historia del mundo, la tentación que a cada paso de nuestra vida nos seduce a nosotros. Jesús dedicó toda su vida a vencerla: toda su vida en constante estar junto a los demás, al servicio de los más necesitados, rompiendo el afán de comodidad, luchar contra del deseo de dominar. Al vencer cada una de las tentaciones Jesús rechaza, por una parte, toda motivación torcida en el cumplimiento de su misión; y, por otra, entre en los peligros que amenazan la vida del hombre, en sus viejas heridas que arrastra desde Adán (las heridas del pecado original), para rescatarlo ahí dónde antes cayó. Jesús inicia el camino de la restauración del mal, de la victoria sobre él, y abre esa posibilidad a cada hombre de liberarse de las secuelas del pecado y orientar de manera plena su vida humana hacia la felicidad del paraíso para la que Dios creó al hombre.

«Pasó haciendo el bien y curando a todos»: predicación y milagros

Al comienzo de su vida pública¹³, el evangelista Mateo quiere presentarnos los primeros pasos de Jesús, su toma de contacto con el país y con la gente. «Al enterarse Jesús de que Juan (el Bautista) había sido arrestado se retiró a Galilea. Dejando Nazaret se fue a Cafarnaún, junto al lago, en territorio de Zabulón y Neftalí, para que así se cumpliera lo que había anunciado el profeta Isaías: 'Tierra de Zabulón y Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los paganos. El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz; a los que vivían en tierra de sombras una luz

¹³ Cf. J. Lligadas, *Meditaciones sobre Jesús*, 19s.

les resplandeció'» (Mt 4,12s).

Allí, en Galilea, en aquella región del norte, que no era el centro de la vida de Israel, que estaba lejos de Jerusalén, hacia las fronteras de los países paganos, un lugar de comercio, en el que se cruzaban gentes de todas las culturas. Y Jesús no se instala en su pueblo, en Nazaret, sino que se va a una ciudad más cosmopolita, en la que se vive más el tránsito de gentes e ideas, en Cafarnaún, junto al lago. Y Cafarnaún se convertirá en el centro de su actividad, será el lugar en el que vivirá y desde el que se desplazará durante todo el tiempo de su estancia en Galilea.

Desde allí, desde Cafarnaún, desde aquella tierra medio pagana que vive de la riqueza del lago y de su privilegiada situación como nudo de comunicaciones, empezará a brillar la luz del Evangelio, la gran antorcha de su predicación. Comenzará algo inédito en la historia de los hombres. Es sorprendente el modo expeditivo que Jesús emplea para llamar a la gente a seguirle. Se acerca a unos pescadores y les invita a seguimiento, que lo dejen todo y se vayan con él, que dejen lo anterior para abrazar la novedad que él trae. Y ellos dejan el trabajo y se marchan con él. Jesús, sin duda, debía inspirar mucha confianza. Debía dar la sensación de que en su modo de actuar y de hablar había algo que verdaderamente merecía la pena. Que su anuncio, esa novedad que proponía, contenía verdaderas capacidades de renovación, de cumplir esperanzas, de satisfacer los anhelos tanto tiempo frustrados de aquel pueblo que, como decía el profeta, habitaba en tinieblas.

Y así, con este estilo capaz de despertar a la gente de un letargo profundo, que levanta en todos ilusiones y deseos de ir con él, recorre Galilea. Continúa el texto: «Recorría toda Galilea enseñando en las sinagogas y

proclamando el Evangelio del Reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo».

Y esa será, durante un buen período de tiempo, la vida pública de Jesús. Porque Jesús irá, desde luego, como dice el evangelio, enseñando en las sinagogas. Pero lo que anunciará, lo que predicará, en las sinagogas y fuera de ellas, no serán simples explicaciones de la Ley o listas de normas para cumplir. Anuncia el Reino; el anuncio de una gran noticia transformadora (*performativa*) capaz de rehacer la vida y restituir la esperanza. La gran noticia de la felicidad que Dios promete para los hombres. «Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios, convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15).

A esta noticia Jesús dedico su vida y su ministerio. En el mundo hay muchas noticias. Unas buenas y otras malas. A menudo, en los informativos y en los periódicos, predominan las malas. Tienen más impacto y reclaman más la atención. No se niegan las primeras, las buenas, pero apenas tienen interés. Jesucristo fue mensajero de buenas noticias. Las suyas venían de su corazón, de su interior, de lo que él vivía, de lo que él observaba y cómo actuaba. No era sólo un mensajero, sino que él mismo estaba en el centro de estas noticias: el mensajero era el mismo mensaje. Él era la Buena Noticia. Su misma persona y su misma misión. Una Buena noticia que, en el fondo, procedía de Dios. Jesús era la Buena Noticia ('Evangelio) de Dios para el mundo. En eso consistía su misión entre los hombres, en ser mensajero de esa noticia que venía de Dios.

El Reino de Dios no era expresión desconocida para sus oyentes¹⁴. La fe israelita había madurado y formulado la expresión «Reino de Dios» en su oración, en

14 Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios*, 54-55.

su credo y en su vida religiosa y social. Esta idea era difusa en el ambiente de Jesús. Para Jesús esta idea constituye el «núcleo dinámico y unificante del centro de su anuncio» (R. Fabris). La originalidad de su anuncio radica en el primado de la iniciativa gratuita e incondicional de Dios frente a las diversas concepciones que lo hacían depender del perfecto cumplimiento de la Ley (fariseos), del establecimiento por las armas de una teocracia política (zelotes), o de la llegada de un juicio vengador a favor de una élite escogida (esenios).

El Reino de Dios se abre paso en la historia de los hombres con la llegada de su mensajero, de Jesús. Su persona contiene el mismo don del Reino. No era extraño por ello que concibiera su misión como el cumplimiento esperado de las promesas veterotestamentarias sobre el Reino venidero. Así sucedió un día en Nazaret, la aldea de su juventud. Entre las sinagogas que frecuentaba nos dice Lucas que un sábado entró a la de su pueblo. «Le entregaron el libro del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: ‘El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió. Me ha enviado para anunciar el evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor’... Y él se puso a decirles: Hoy se cumple esta Escritura que acabáis oír» (Lc 4,17-21). Jesús es el año de gracia de Dios, es decir, su existencia es un regalo gratuito de Dios a los hombres. Es una gracia de reconciliación, de perdón: el verdadero jubileo que el hombre necesita. Jesús anuncia estas cosas, cumpliendo así lo que estaba escrito. La novedad era él, lo que él traía. La esperanza de los pobres, de los lisiados, los desvalidos, está cumplida. Jesús es su evangelio, la noticia que ellos esperaban.

Pero aún hay más. Jesús no sólo predica, no sólo habla¹⁵. Sino que también curaba y actuaba. «Recorría toda Galilea enseñando en las sinagogas, predicando el Reino de Dios y curando en el pueblo toda enfermedad y toda dolencia» (Mt 4,23; 9,35). El mensaje del Reino que anuncia Jesús no sólo incluye palabras o ideas, sino también acciones y compromisos. No es una realidad meramente ideológica, sino vital, envolvente para toda la existencia humana. Porque el Reino de Dios, la felicidad que Dios promete, no es sólo una felicidad íntima, algo que queda dentro del alma. Es también algo que se puede palpar, que se hace realidad ya ahora, en cada momento. Los evangelios, por tanto, atestiguan una actividad taumatúrgica de Jesús simultánea a la de su predicación.

Las acciones de Jesús son designadas en el Nuevo Testamento con tres términos: portentos (*dynamis*), potencias (*térata*) y signos (*semeïon*) (cf. Hch 2,22). De todos los términos ha prevalecido la expresión «milagros»¹⁶. Ellos acompañan la misión de Jesús. Por tanto, Reino y milagros son inseparables. Los milagros muestran la potencia inherente del Reino como realidad ya operante. Más que demostrar la credibilidad del mensaje, actúan ya la salvación que otorga su anuncio. El motivo de credibilidad de ellos se funda en que previamente los milagros son realidades salvíficas en acto. Son actualización del Reino y acreditación de su Mensajero: «Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, la buena nueva se anuncia a los pobres. Y bienaventurado aquel que no se escandalice de mí» (Mt 11,4-6).

15 Cf. J. Lligadas, *Meditaciones sobre Jesús*, 21.

16 Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios*, 55.

Jesús revela el misterio del Reino a través de palabras y acciones. Pero la novedad más sorprendente de este anuncio radica en la identidad de su pregonero¹⁷. Jesús no es sólo el profeta del Reino, su mensajero: es el mediador definitivo (escatológico) del mismo. Jesús tiene conciencia de que con su persona, obras y palabras «el Reino de Dios está ya en medio de vosotros» (Lc 17,21). Para él, la persona misma del mensajero forma parte del mensaje. Como les gustaba decir a los padres de la Iglesia, él es el Reino en persona (Orígenes). Esta pretensión da un significado singular a sus acciones y sus palabras. Al presentarse como el mediador de la llegada del Reino de Dios se equipara implícitamente con el mismo Dios. Ello explica que, encontrarse con Jesús, significa experimentar ya el despliegue del Reino de Dios y del éscaton (momento crítico, decisivo) de la gracia de Dios, a pesar de que éste conserve todavía una dimensión futura. Ello se hace patente en las parábolas del crecimiento, al poner de relieve que el presente inaugurado por Jesús es el presupuesto necesario del futuro de Dios y que los hombres son invitados a reconocer el futuro glorioso de Dios en las palabras y obras de Jesús y a fiarse, por tanto, del inicio apenas perceptible.

Por último, no puede extrañar entonces que la actuación de Jesús provocará en unos, admiración, y en otros, rechazo, escándalo y odio. A éstos últimos, a causa del mensaje novedoso sobre el amor de Dios, debió parecerles un falso profeta. La actuación de Jesús deja tras de sí un interrogante inquietante: ¿quién era, pues, este Jesús de Nazaret?. Salvador esperado, blasfemo, revolucionario, un loco del que se ríe Herodes (cf. Lc 23,6-12) o un perturbado para sus cerca-

17 Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios*, 56-57.

nos (cf. Mc 3,21). Él incitó a sus oyentes y discípulos a expresar cómo y qué pensaban de él, preguntándoles: ¿quién soy yo?, ¿qué pensáis de mí?, ¿quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?; y en boca de otros, ¿quién eres tú? Son las preguntas clave en los momentos claves de su destino (cf. Mc 14,61; Mt 16,14-16).

La pregunta sobre la identidad de Jesús es creciente a lo largo de los evangelios. Al comprobar, por ejemplo, los signos que hacía y los comportamientos que tenía: «Y sobrecogidos de gran temor se decían unos a otros: ¿Quién es este que hasta el viento y el mar le obedecen?» (Mc 4,41). Se la hizo la multitud ante su entrada en Jerusalén: «Y cuando entró en Jerusalén toda la ciudad se conmovió y decía: ¿Quién es éste? Y la muchedumbre respondía: éste es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea» (Mt 21,10-11). Por último, el proceso ante las autoridades judías está descrito por los evangelistas como un discernimiento de su identidad. Por eso, acumulan sobre él tantos títulos (profeta, mesías, rey de los judíos, hijo de hombre, el Hijo Bendito) que quedan pendientes de recibir sentido pleno en la muerte y resurrección. Todos estos títulos son puestos en juego y sobre ninguno recae un juicio incondicional. Todos son ambiguos hasta que la muerte y resurrección, esclarecidas con la venida del Espíritu Santo y la experiencia misionera de la Iglesia, los fijan en su sentido exacto.

IV.

Jesucristo, nuestra pascua (El paso de la muerte a la vida)

«Todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén»: Jesús afronta su destino

La pasión y la muerte de Jesús en Jerusalén cierra el ministerio público que Jesús había emprendido en Galilea. Así, pues, la última parte de la vida pública de Jesús está marcada por su ascenso a la ciudad santa, a Jerusalén¹⁸. Allí va a consumir su misión terrena. Este movimiento expresa no solo un dato biográfico sino, sobre todo, un desplazamiento interno de la misma autoconciencia de Jesús, que a partir de ahora acentuará a sus discípulos, la importancia decisiva de su persona, de su identidad y de su destino. Se produce así una revelación más abierta del secreto «mesiánico», del secreto de su identidad, que dominaba el período anterior, en la medida en que esta iluminación conecta con el anuncio de su muerte y su resurrección de entre los muertos.

Jesús anuncia su pasión a través de anuncios velados y de anuncios explícitos¹⁹. Los anuncios velados consisten en presentar su muerte futura con alusiones o símbolos e imágenes como el ayuno ante la partida el esposo (cf. Mc 2,19-20), el pastor herido (cf. Mc 14,17-28, que alude a la profecía de Zac 13,7: «heriré al pastor y se dispersarán las ovejas»), o las alusiones al «bautismo» o al «cáliz» (cf. Lc 12,50; Mc 14,36). Los anuncios explícitos lo componen una serie de senten-

18 Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios*, 59.

19 Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios*, 198s.

cias en las que Jesús predice su muerte y el modo incluso en el que adviene (cf. Mc 8,31; 9,31; 10,33-34 y par). Además, los anuncios de la pasión se introducen con la fórmula «es necesario» (*dei*). Esta necesidad no se refiere ni a una exigencia divina, ni a un destino fatal, ni a un accidente en la vida de Jesús, sino a su previsión en el plan de Dios, como el mismo Jesús resucitado interpreta (Lc 24,-26-27: «no era necesario que el Mesías padeciera para entrar en su gloria») y así lo explica san Pedro a los judíos de Jerusalén en su primer discurso el día de Pentecostés: «fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios» (Hch 2,23).

Por ello, a la hora de narrar la historia de la pasión, los evangelistas conjugan perfectamente dos niveles²⁰: por una parte, el plano humano e histórico, que explica las circunstancias que llevaron a Jesús a la muerte; y, por otra parte, el plano divino, es decir, la propia acción de Dios que, dentro del escenario de la historia humana, actúa el drama de la salvación. El Nuevo Testamento sostiene simultáneamente ambos niveles. Con ello la fe cristiana armoniza la doble convicción de poder explicar las circunstancias históricas de la pasión de Jesús, ya que sus padecimientos tomaron una forma histórica determinada (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* 572-573), a la vez que, señalar que la muerte violenta de Jesús no fue fruto del azar en una desgraciada constelación de circunstancias, sino que pertenece al misterio del designio de Dios (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* 599). Ambos planos son distintos, pero no pueden separarse ya que ambos constituyen el único destino que recorrió Jesús.

Con los anuncios de la pasión queda clara la intención para los evangelistas, pues, de mostrar que Jesús

20 Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios*, 181.

no va a ser sorprendido por la pasión y la muerte, sino que en todo la ha previsto, según el designio de Dios, expresado en las Escrituras, como forma precisa para el advenimiento definitivo de Reino. Su muerte va a formar parte de la llegada del Reino, de manera que, si con su predicación y comportamiento, «él se había decidido antes por el Reino, ahora el Reino decidía sobre él» (O. González de Cardedal, *Cristología*, 101). La manera concreta no tenía importancia: lo decisivo era su fidelidad a la misión encargada, fuese cuales fuesen las exigencias, y reaccionase el mundo como reaccionase.

La acción de Jesús había sido una oferta, una invitación. Él era pregonero de una noticia y portador de una alianza²¹. La respuesta de los hombres de su tiempo pronto entendió que, allí donde perviviera tal pretensión, debía de decrecer el judaísmo. Una incompatibilidad letal se derivaba de su anuncio. Las autoridades del pueblo llegaron a la conclusión de que el Jesús y el judaísmo real eran alternativas: «Si vivía Jesús, perecería el judaísmo; y si el judaísmo quería perdurar, tenía que perecer Jesús» (O. González de Cardedal). Al conflicto religioso que implicaba su mensaje, pronto le seguiría el conflicto político: se prefirió, en suma, que muriera uno a que la nación entera corriera peligro (cf. Jn 18,14).

Los evangelios se preocupan más de mostrar quién es el que es procesado y muerto, que de averiguar quiénes fueron sus jueces y verdugos. El Nuevo Testamento sólo se interesa de integrar el desenlace final de Jesús en la trama del anuncio del Reino. Desde esta conexión interpreta el sentido de su muerte: su final no es el resultado de mala suerte, percance no previsto, condena de algún poder divino o humano, sino

21 Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios*, 61-62.

fruto de la entrañable misericordia del Padre que entrega su Hijo para vida del mundo y fruto de la lúcida libertad del Hijo, que reacciona con amor y sin violencia, entregándose por los que con violencia le infligen la muerte.

«A éste lo mataron, colgándolo de un madero»: la pasión y muerte de Jesús

El evangelista Juan nos ofrece de forma inspirada la perspectiva adecuada para contemplar los sucesos de la pasión. «Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). En el contexto de la fiesta judía de la pascua, el evangelista anuncia el contenido de lo que va a ser la verdadera «pascua»: aquella que va protagonizar Jesús. Su «pascua» consiste en su «paso» de esta vida al Padre. Este tránsito se caracteriza además por un amor «hasta el extremo» (*telós*). El evangelista contempla, en definitiva, el destino final de Jesús como una obra de consumación, una «hora» definitiva, que nunca pasará, que será eterna. Jesús, como Hijo de Dios, va a consumir su obra en el mundo, quedando así perpetuada a través de su humanidad glorificada. Por ello, algunos comentaristas del evangelio no han dudado en calificar este inicio del capítulo trece de san Juan como el «libro de la gloria», es la «hora» de la glorificación de Jesús.

Sin embargo, esta «glorificación» se caracteriza por la humillación. De ahí que el primer gesto que el evangelista narra como inicio de la pasión, no es el relato de la institución de la eucaristía, en la última cena; sino el relato del lavatorio de los pies. Es el gesto que resume toda la vida de Jesús, ofrecida como una vida

de servicio, hasta llegar incluso al servicio de esclavo. En el extremo del abajamiento, Jesús sigue siendo el «Maestro y el Señor», pero su lección ya no es con palabras, sino con obras y desde el ejemplo. Por ello, en los relatos evangélicos de la pasión, las palabras de Jesús disminuyen a medida que se acerca la entrega a la entrega de la cruz. A la palabra le sucede el silencio; y, a la acción, la pasión, el padecer y soportar el sufrimiento infringido. «La palabra eficaz del Maestro se verifica en la contradicción: el que enseña cerrará la boca; el que trae la alegría soportará la angustia; el que siembra confianza recibe traición; el Hijo recibe el desprecio del esclavo; el justo Juez es ajusticiado; el Rey veraz y soberano comparece vituperado y encadenado; el atormentado regala consuelo a su paso; el Autor eterno de la vida muere a los ojos del mundo derrotado. En la hora del poder de las tinieblas, la sola voz del Hijo amado anuncia la victoria del amor más grande»²².

Una lectura atenta de la pasión demuestra que el significado de la muerte de Jesús emerge desde dentro, desde su propio devenir histórico²³. Con esa intención la relatan los evangelios. La muerte de Jesús tiene un sentido: esa muerte es fruto y consecuencia de una larga cadena de «entregas»: «Durante su pasión todos entregaron a Jesús: Judas a los judíos, las autoridades religiosas a Pilato, Pilato a los soldados y éstos a la muerte; pues bien, hay una entrega que a todas abraza y trasciende: Dios entregó a su Hijo» (R. Blázquez). En el contexto del Nuevo Testamento, este verbo expresa el cruce de tres voluntades muy definidas: la de Dios, la de Jesús y la de los hombres. Las tres son diferentes pero convergentes.

22 J. Rico Pavés, *Cristología y soteriología*.119-120.

23 Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios*, 269s.

De ese modo, el sentido de su muerte depende de la perspectiva envolvente de un mismo verbo: entregar («*didomai*»). De esta forma aparece en los textos de la institución de la eucaristía, en el contexto de la última cena, en que Jesús anticipa su pasión y su muerte. Así introduce la escena san Pablo, «El Señor Jesús, en la noche que fue entregado...» (1 Cor 11,23). Lo entregó Judas, pero también se entregó él a sus manos confiando que lo hacía, en definitiva, a las manos del Padre. La eucaristía aparece, sobre este trasfondo, como la respuesta de Jesús a la traición humana. Allí donde la fidelidad del hombre se quebranta (con la traición de Judas, la negación de Pedro), responde el amor de Jesús entregándose fielmente al hombre.

Los relatos de la última cena son el pórtico que explican la pasión de Jesús²⁴. «Ardientemente he deseado comer esta comida pascual con vosotros, antes de padecer» (Lc 22,15). Así, antes que el lector de los evangelios se adentre en la pasión de Jesús, puede encontrar ya el sentido de ella en las palabras y los gestos de Jesús durante la última cena con sus discípulos. En la última cena, Jesús cierra aquellos signos que ofrecen las claves de interpretación de Jesús a su muerte inminente: su muerte quedará ligada a la llegada del Reino de Dios, por el que él ha vivido y dirigido todos sus pasos, y que sellará una nueva alianza con Dios, a través del sacrificio y de la comunión con él.

El llamado «relato de la institución», es decir, las palabras y los gestos con lo que Jesús se entregó a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, es el núcleo de la tradición de la última cena. El acto de la cena estuvo marcado por los gestos, alimentos, platos y copas establecidos por el ritual judío para la cena pascual. Dentro de ese marco Jesús altera unos ele-

24 Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios*, 223s.

mentos mínimos e inserta una realidad máxima: su existencia personal inherente al pan y al vino para ser alimento y bebida de los participantes. Lo revelador de esta novedad son los *gestos* y las *palabras*. Los aspectos claves son: el pan partido y sangre derramada, «real símbolo contentivo de su cuerpo y sangre» (O. González de Cardedal). «Esto es mi cuerpo (...) esta es mi sangre» (Lc 22,19; Mt 26,28; Mc 14,22; 1 Cor 11,24). Antes de que su cuerpo quedara dispersado y roto por los demás en la violencia, Jesús se recoge a sí mismo en alabanza al Padre y se entrega en servicio a los muchos. «Tomad y comed, esto es mi cuerpo entregado por vosotros» (Lc 22,19); tomad y bebed, ésta es mi sangre derramada por vosotros» (Mc 14,24; Lc 22,20). En este contexto, partir y derramar remiten al cuerpo roto en la cruz y a la sangre vertida hasta calar la tierra. De ese modo, Jesús presenta su muerte como sacrificio y alabanza.

Al presentar el proceso de Jesús, los evangelios recogen los motivos invocados por las autoridades judías y romanas al decretar su condena a muerte: 1) actuar contra la Ley; 2) pretender la destrucción del Templo; 3) blasfemar contra el Dios único; 4) rebelarse contra la autoridad imperial. La trama de la narración del proceso (cf. Mc 14,53-64; Mt 26, 57-67; Lc 22, 66-71; Jn 18,12-23), presenta el proceso en dos fases: aquel delante de la autoridad judía y el que se sucede delante de la autoridad romana en la Palestina del tiempo. Este doble proceso es muy verosímil históricamente, por el hecho de que una condena capital no podía tomarla sin la autoridad del gobernador romano. Por ello, el proceso judío, orientado a investigar el origen del mesianismo de Jesús («¿eres tú el Mesías?», Mc 14,61), no fue más que una investigación preliminar, en la que se reuniesen acusaciones que merecían la pena

capital; mientras que el proceso romano, preocupado más por las razones de la realeza de Jesucristo («Tú lo dices: soy rey», Jn 18,37), termina manifestando más bien a Jesucristo como «verdad», el cual, aunque parece juzgado por los hombres y por el mundo, en realidad, es él el Juez de los hombres y del mundo.

La crucifixión fue el último acto de la pasión²⁵. Así lo atestigua la catequesis antigua cristiana: «Jesús de Nazaret, hombre acreditado por Dios... os fue entregado y vosotros los clavasteis en la cruz por mano de impíos y lo matasteis» (Hch 2,22.23; cf. 5,30; 10,39; Col 2,14). Los himnos litúrgicos también presentan su condena a muerte, desde la forma del suplicio de la cruz (cf. Flp 2,8). Los evangelios no se detienen demasiado en los detalles de la crucifixión de Jesús. Esta forma de tortura era demasiado conocida por los lectores. Además del tormento físico al que estaba ligada, la pena de la crucifixión tenía un aspecto obscuro e infamante que asumía connotaciones religiosas en el ambiente judío. Si para los latinos la cruz era el «sumo suplicio» o el «suplicio servil», que degradaba a un hombre libre y a un ciudadano romano, para los judíos recordaba la imagen del cadáver «colgado de un madero», objeto de la maldición de Dios y de los hombres (cf. Dt 21,22-23). El crucificado, convertido en público espectáculo en su sufrimiento atroz y en su muerte, quedaba incluso privado del último residuo de dignidad y de respeto que se reservaba a un moribundo. En una palabra, la muerte en el madero de la cruz, símbolo de la criminalidad castigada y de la tortura más cruel, es la desacralización más radical de la persona humana.

Los relatos evangélicos de la crucifixión de Jesús, aunque no refieren todo el horror que suscitaba la ejecución. En el fondo se describe la figura del justo per-

25 Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios*, 262s.

seguido y del atribulado de los salmos, que pone su confianza en Dios en medio de los sufrimientos mortales. Por ello, los relatos de la muerte de Jesús destacan no tanto el escenario violento y perturbador que rodea al que muere, sino su actitud final, una actitud de confianza infinita y de amor, a pesar ciertamente de este contexto. El morir de Jesús corresponde a quien convierte un acto de ajusticiamiento violento en una oferta de justicia salvadora. Los hombres no saben lo que hacen contra él, pero él sí sabe lo que hace por ellos. La oración por los que lo crucifican, la entrega del discípulo a la madre y de ésta al discípulo, la rendición confiada en las manos del Padre, a la vez que sufre en agonía el abandono de todos, concluyen el destino de Jesús.

Muy pronto, la primera lectura cristiana sobre la muerte de Jesús explicó su sentido a la luz de las Escrituras precedentes, interpretadas por el mismo Señor. Jesús aparece así como el Siervo de Dios, anunciado por Isaías, que ofrecía su vida como un misterio de «redención universal», es decir, de rescate que libera al hombre de la esclavitud del pecado²⁶. El Mesías anunciado por los profetas tenía que cargare sobre sí con el pecado del mundo para librar a todos los hombres de la tiranía del pecado. En consecuencia, el verdadero motivo de la muerte de Jesús en la cruz es la redención del hombre. San Pablo resume el núcleo del misterio de la redención del mundo cuando recuerda lo primero que él transmitió después de haberlo recibido: «que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras» (1 Cor 15,3). La fórmula *por nosotros*, nos ofrece una clave fundamental para la comprensión de la muerte de Jesús: murió «a causa de nuestros pecados», «en favor nuestro» y «ocupando el lugar que

26 Cf. J. Rico Pavés, *Cristología y soteriología*.120.

nos correspondía a nosotros». Jesús es consciente de este aspecto doloroso y salvífico de su vida, y sufre la muerte en la cruz como ejercicio de amor que vence el odio del mundo.

¡Tremenda lección de amor la de Jesús en la cruz! «En esta escuela el amor está velado: la belleza cubierta de oprobios; la ternura tapada por la crueldad; la verdad negada desde la mentira y la traición; la vida herida por la muerte ignominiosa. Para levantar el velo y descubrir el amor que todo lo puede es necesario devolver Amor a quien de forma extrema nos ama»²⁷.

«Pero Dios lo resucitó al tercer día»: La resurrección de Jesús

La cruz no fue la última palabra en la vida de Jesús. La fe cristiana anuncia un hecho inaudito y único. A los pocos días de haber muerto Jesús los discípulos anuncian algo sorprendente: «¡Vive!».

Los evangelistas comienzan el relato de la resurrección siguiendo las huellas de la misma en la historia²⁸: al alborear el primer día de la semana, acontece aquello que trasciende el tiempo; la piedra del sepulcro está corrida y un ángel se dirige a las mujeres: «No está aquí. ¡Ha resucitado!» (Mt 28,6). Aquellas mujeres que madrugaron a ofrecer los últimos auxilios al cuerpo sin vida de su Señor se encontraron llevando las primicias de la esperanza a toda la humanidad. El corazón madrugador de aquellas mujeres despertó del sueño de la desesperanza a los propios apóstoles de Jesús, que debían de ser los cimientos de la Iglesia. Mientras los apóstoles, se han quedado en casa, con las puertas cerradas, esperando en el fondo de corazón que algo

27 J. Rico Pavés, *Cristología y soteriología*.121.

28 Cf. J. Rico Pavés, *Cristología y soteriología*. 121.

sucediera, las mujeres, con corazón inquieto han ido hacia Jesús²⁹. Le querían demasiado, no podían quedarse en casa quietas, sin hacer nada. Van al sepulcro desconcertadas, atemorizadas, pero también con la secreta y extraña esperanza de una llamada interior, percibida en el profundo amor de su corazón.

Y allá, en el sepulcro, todo es novedad, todo se transforma, cambia el mundo entero. Y aquellas mujeres experimentan el mundo renovado que empieza entonces. Porque Jesús, el crucificado, no ha quedado aprisionado por las cadenas de la muerte, una piedra del sepulcro no ha podido retener la fuerza infinita de amor que se desplegó sin reservas en la cruz. No, no quedó encerrado. La fuerza de amor siempre es mayor que los temores que ahogan la esperanza y el anhelo de hombre.

Y para confirmar el anuncio, al principio, sale a su encuentro el ángel de la pascua. su mensaje es claro: «¡No temáis!». Después será el mismo Jesús, quien se lo vuelva a repetir: «¡No tengáis miedo!». Éste es el gran mensaje de la pascua: ¡No tengáis miedo!». El miedo, al fin y al cabo, es pensar que el mal y la muerte pueden vencer el amor, y tienen la última palabra. El miedo es pensar que Jesús ha fracasado. Que todo ha sido en vano. El miedo es no ser capaces de creer que Jesús ha resucitado, no creer que, ocurra lo que ocurra, y aunque a veces no lo parezca, el amor siempre vence, siempre es muchos más valioso, más lleno de vida, que cualquiera de los éxitos que a veces lamentablemente valoramos tanto.

A ellas el resucitado les hace las primeras portadoras de la alegría de la resurrección. Les regala la presencia que vence todos los miedos y les confía la misión de comunicar a otros la única noticia que no

29 Cf. J. Lligadas, *Meditaciones sobre Jesús*, 47.

se desgata en el tiempo: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado» (Lc 24,5s).

La sorpresa de la mañana de pascua encierra una novedad absoluta. La esperanza de Israel jamás hubiera atravesado este umbral³⁰. Ella sólo contemplaba el destino universal de todos, proyectado hacia la resurrección universal; pero nunca se refería a la suerte particular de un individuo. Tampoco nada de la vida anterior de Jesús sugería un futuro nuevo. La victoria de sus enemigos pareció definitiva. Entre la muerte del viernes y la resurrección al «tercer día», no hay continuidad mundana entre las dos fases de existencia de Jesús: la del muerto y la del resucitado. Entre un extremo y otro se abre un abismo, un gran «hiato» que separa las dos laderas. Y ese abismo sólo lo podía franquear un acto creador y escatológico (definitivo) de Dios. Por ello, la resurrección de Jesús es algo inédito en la historia, que rebasa cualquier esperanza: la resurrección instauro un horizonte nuevo en la historia de la los hombres, no tiene ningún parangón en ella.

En efecto, la resurrección es la acción definitiva de Dios en la historia. Es el acontecimiento decisivo e irreversible de la historia (el *eschatón*), una nueva creación: el «octavo» día, el día «eterno» que el mundo creado estaba aguardando. La resurrección de Jesús no significa una recuperación del antiguo modo de vivir, sino que marca el comienzo de la re-creación definitiva obrada por Dios, que una vez más se define como el Dios que da vida.

Lo propio del Padre es dar vida: eso es lo que con su Hijo Jesús en la resurrección. Ésta es la respuesta de Dios Padre a la ofrenda última de Jesús: es su abrazo amoroso, el destino final de Jesús. Dios actúa ante este

30 Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios*, 297s.

ofrecimiento del Hijo, como Padre, mostrando una vez más quién era él ante el Hijo. En la resurrección el Padre sigue alumbrando al Hijo, engendrándolo: «Tú eres mi hijo: yo te he engendrado hoy» (Sal 2,7). «El misterio pascual es la última oración escuchada, la cumbre de la filiación»³¹. La resurrección, obrada en la intimidad del misterio personal de Dios, en el diálogo amoroso de una relación recíproca, figura ante la historia de la salvación como el acto escatológico por antonomasia del Padre. Con la resurrección han comenzado los acontecimientos salvíficos últimos y definitivos.

Como cumbre del amor de Dios Padre hacia el Hijo y, por medio de él, al mundo entero, es lógico que la resurrección se convierta en el punto decisivo para decidir nuestro conocimiento de la persona de Jesús³². Así, en las apariciones, Jesús se hace exegeta de su realidad mesiánica a la luz de las promesas veterotestamentarias: «Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura» (Lc 24,27). Solamente en Pascua, por tanto, los discípulos comprenden plenamente el misterio de su maestro. Es verdad que, ya antes, habían visto al profeta autorizado, al taumaturgo poderoso, al mesías prometido. Pero el acontecimiento de la pasión y muerte había provocado en ellos el extravío y hasta la negación, como en el caso de Pedro. Es ahora, a la luz de la pascua, cuando se ilumina la auténtica realidad de la vida terrena de Jesús. Así, por

31 F. X. Durrwell, *Jesús Hijo de Dios en el Espíritu Santo*, Salamanca 1999, 31. El resplandor de este «parto» pascual se muestra en la oración filial de Jesús. Jesús muere orando (cf. Lc 23,46). En su última oración es «hecho perfecto» (cf. Hb 5,7-9) en su ser filial, porque puede «ofrecer ruegos y súplicas... al que podía salvarlo» (Hb 5,7). El Padre lo salva engendrándolo (cf. Hch 13,33) a la plenitud filial.

32 Cf. Comité para el Jubileo del año 2000, *Jesucristo, Salvador del mundo*, 117s.

ejemplo, la resurrección invierte el juicio histórico de los hombres³³. Si la muerte significó la negación de la propuesta mesiánica, la resurrección significa la negación de la muerte y la devolución de todas las esperanzas que Jesús había suscitado en los hombres, a la vez que otras que entonces no habían podido percibir.

Esta inversión se manifiesta en los discursos kerigmáticos de los Hechos de los Apóstoles, los cuales acentúan vigorosamente la contraposición entre la actuación de los judíos al condenar a Jesús y la actuación de Dios al justificarlo: «Vosotros renegasteis del Santo y del Justo y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, nosotros somos testigos de ello» (Hch 3, 14-15; cf. 2,23-24. 31-42; 4,10; 5,30; 10,39; 13,27-30). La reacción de Dios contradice la acción de los hombres.

En el cristianismo, la resurrección de Jesús ha constituido, desde el comienzo, el fundamento de la fe y el contenido esencial de la predicación. «La resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, creída y vivida por la primera comunidad cristiana como verdad central, transmitida como fundamental por la tradición, establecida en los documentos del Nuevo Testamento, predicada como parte esencial del Misterio pascual al mismo tiempo que la cruz» (*Catecismo de la Iglesia Católica* 638, cf. 539-658). Acerca de la importancia de la resurrección para la propia fe cristiana afirma expresamente san Pablo: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana también nuestra fe» (1 Cor 15,14). La resurrección es el *quicio* del cristianismo: propiamente la resurrección es el «*articulus stantis aut cadentis Ecclesiae*», es decir, es el contenido de la confesión cristiana por el cual la Igle-

³³ Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios*, 292.

sia se sostiene, si es afirmado, o se desmorona, si se le sustrae. Sin el mensaje de la resurrección no sólo desde un punto de vista teológico, sino también histórico, no habría fe, ni misión ni Iglesia; no habría surgido el Nuevo Testamento; ni aquel viernes de la crucifixión sería santo; ni habría sido invocado y esperado Jesús. Sin la resurrección son vacíos todos los contenidos de la fe. Si Jesús no resucitó todo está en el aire³⁴.

Pero, la importancia que tiene la resurrección para la fe cristiana no se puede reducir, como en otras ocasiones ha pretendido una visión excesivamente apologética, al mejor de los milagros que probaría definitivamente la verdad del cristianismo. Antes que «milagro», la resurrección es «misterio»³⁵. Quiere ello decir que el interés por el Resucitado se debe a la conexión que éste tiene con el mensaje sobre Dios que propuso en vida y con la muerte que vivió como servicio y sacrificio por los hombres. Por ello, es muy importante percibir con claridad lo que el Nuevo Testamento y la fe de la Iglesia ha creído al afirmar que Jesús ha resucitado³⁶.

1) La resurrección no es «reviviscencia», es decir, vuelta a la vida terrena con una necesaria muerte, como acaeció a la hija de Jairo, al hijo de la viuda de Naín, a Lázaro. Estos milagros restituyeron su cuerpo a la vida humana ordinaria, para después tener que volver a morir.

2) La resurrección no es solamente la inmortalidad del alma, según una comprensión gnóstica (espiritua-

34 Cf. R. Blázquez, *Jesús, el Evangelio de Dios*, 283-285.

35 Cf. P. L. Vives Pérez, *Jesucristo, acontecimiento de Dios*, 325.

36 Cf. Comité para el Jubileo del año 2000, *Jesucristo, Salvador del mundo*, 120-121.

lismo erróneo) bastante extendida en los primeros tiempos del cristianismo. En este caso sería una especie de «resurrección a medias» (Tertuliano). La resurrección se refiere a la entrada en la vida sin fin del cuerpo de Jesús y, por tanto, de toda la humanidad.

3) La resurrección tampoco es reencarnación (*samsara*), como se cree, por ejemplo, en el hinduismo o en el budismo, donde se habla de renacimiento o de recaída del hombre en una nueva existencia terrena, mediante el tránsito o la transmigración del alma de un cuerpo a otro por una innumerable serie de veces.

4) La resurrección no es, ni mucho menos, el simple recuerdo de Jesús y de su enseñanza, que habría provocado en el ánimo de los discípulos la convicción de una presencia suya después de su muerte. La resurrección no es creación psicológica de los discípulos sino un acontecimiento concreto que, antes aún de interesar a sus discípulos, atañe esencialmente a Jesús y a la entrada en la vida eterna de su cuerpo mortal.

Tal acontecimiento fue considerado por la primitiva comunidad cristiana un hecho real. «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón» (Lc 24,34). Esto significa que fue el encuentro con Jesús resucitado el que provocó en los discípulos la fe en la resurrección y no viceversa: no fue la consecuencia, sino la causa de la fe de los discípulos. No se trató de una realidad creada por los discípulos por fraude (como querían los sumos sacerdotes y los fariseos: cf. Mt 27,62-65), por alucinación (según interpretaciones racionalistas) o por conversión pospascual a las enseñanzas de Jesús, independientemente de las apariciones y de la tumba vacía (según una línea interpretativa

contemporánea). No es una reviviscencia psicológica de la «causa» de Jesús. Después de la muerte de Jesús, los discípulos estaban tristes, miedosos, escépticos, incrédulos, duros de corazón, dudosos (cf. Lc 24,28; Mc 16,14; Mt 28,17). Sólo un gran acontecimiento habría podido cambiarlos, devolviéndoles el primitivo entusiasmo por Jesús y su seguimiento.

De hecho, la resurrección indica el hecho de que Jesús fue restituido con su humanidad a la vida gloriosa, plena e inmortal. Por eso, su cuerpo resucitado, aun manteniendo su identidad y su realidad humana, fue capacitado para vivir eternamente en Dios. Se trata de la transfiguración gloriosa del cuerpo, que llega a ser, como dice san Pablo, un cuerpo «pneumático» (espiritual: 1 Cor 14,44), es decir, un cuerpo traspasado por el soplo vital del Espíritu creador de Dios, que lo transformó de corruptible a incorruptible, de débil a fuerte.

«Porque Dios estaba con él»: la salvación cristiana

La resurrección es el gran acontecimiento del cristianismo que tiene un significado «en sí» y «para nosotros»; un significado cristológico y trinitario y un significado salvífico³⁷.

1) Ante todo, la resurrección es la respuesta de Dios Padre a la condena y al suplicio infligidos a Jesús por los hombres (cf. Hch 2,23-24; 3,13-15; 4,10-12; 5,30-31). La resurrección revela a Jesús como «Señor y Cristo» (Hch 2,36), «Señor y Dios» (Jn 20,28), «Hijo de Dios» (Hch 13,33). La resurrección confirma la divinidad de Jesús que, como Hijo de Dios encarnado, ingresa en la comunión de amor del Padre con su humanidad re-

³⁷ Cf. Comité para el Jubileo del año 2000, *Jesucristo, Salvador del mundo*, 124-128.

sucitada. El es, verdaderamente, «la resurrección y la vida» (cf. Jn 11,25).

2) En segundo lugar, la resurrección completa la revelación suprema del Dios trinitario: del Padre, que glorifica al Hijo resucitándolo y elevándolo a su derecha; del Hijo, que, con su sacrificio redentor, merece la exaltación a la derecha del Padre; del Espíritu Santo, que se confirma Espíritu de vida y de resurrección: «Cristo, sometido a la carne, pero vivo en el Espíritu» (1 Pe 3,18; cf. Rom 1,4; 8,10-11).

3) Por la resurrección, la humanidad del Hijo se introduce gloriosa en la comunión de la Trinidad de Dios. Por la encarnación, su humanidad alcanza la plenitud en su relación culminante con Dios, viviendo la vida misma de la Trinidad. En la comunión trinitaria de Dios, está presente también la humanidad gloriosa del Hijo.

Más allá de su significado cristológico y trinitario, la resurrección tiene un fundamental sentido soteriológico «para nosotros»: «Si tus labios profesan que Jesús es el Señor y tu corazón cree que Dios lo resucitó, te salvarás» (Rom 10,9).

1) La resurrección llega a ser el acontecimiento de la recomposición de amistad entre Dios y la humanidad, por la que la vida divina refluye abundantemente como primicia en la humanidad de Cristo (redención objetiva) y, a través de él, en toda la humanidad (redención subjetiva). Este influjo de Cristo resucitado no es sólo ejemplar o intencional, sino real y eficaz. Como resucitado él tiene poder espiritual de transformar a los hombres conforme a su imagen para hacerlos de nuevo hijos del Padre.

2) La resurrección de Jesús es la realización de la nueva humanidad, liberada de la esclavitud del pecado y de sus consecuencias: la muerte y el mal físico, moral y psicológico. Jesús resucitado es el hombre nuevo que arrastra tras de sí, en este destino de novedad, a la humanidad entera. Como ejemplo de repercusión benéfica, de la presencia de Cristo resucitado, para el hombre necesitado, es significativo el episodio de la curación del lisiado que mendigaba en la Puerta Hemesa del templo de Jerusalén. Pedro, no teniendo dinero, le dio lo mejor que tenía, el don de Cristo resucitado. Dijo al lisiado: «No tengo plata ni oro, te doy lo que tengo: En nombre de Jesucristo Nazareno, ¡echa a andar!». Agarrándolo de la mano derecha, lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con ellos al templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios» (Hch 3,6-8).

3) La resurrección es, también, el cumplimiento de la esperanza humana de inmortalidad y de trascendencia. En todo ser humano existe esta «esperanza trascendental», que significa un «sí» a la propia existencia eterna y a la propia ultimidad de persona realizada.

4) La resurrección de Jesús es experiencia de encuentro con él en la fracción del pan y en la comunión eucarística. Él se manifestó a los discípulos de Emaús «al partir el pan» (Lc 24,35). En la historia de la eucaristía no sólo se incluye el memorial de la muerte y resurrección de Jesús sino también la participación real en la vida divina de Cristo resucitado. En la eucaristía, sacramento de la continua presencia salvífica del resucitado en la historia, se realiza nuestro encuentro salvífico con Él. Después de la resurrección, Jesús

había dicho: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Cristo resucitado está presente en su cuerpo místico y en su cuerpo eucarístico.

5) La resurrección de Jesús es, también, experiencia de vocación y misión. Para los discípulos, la resurrección constituyó el acontecimiento de su «re-con-vocación» por parte de Jesús, después de la dispersión en el momento de la pasión y muerte. Durante cuarenta días, desde la pascua a la ascensión, Jesús, mediante las apariciones, volvió a llamar a los discípulos a su seguimiento, dando a Pedro y a los otros apóstoles su misión definitiva. Así les mandó: «Como el Padre me ha enviado, así os envío yo» (Jn 20,21).

6) La resurrección de Jesús, además de experiencia de vocación y misión, es, también, experiencia de perdón. Jesucristo restablece con los discípulos su amistad y su perdón. No sólo esto, sino que, además, confirma a los apóstoles en el poder de perdonar los pecados de la humanidad. El poder que Él había ejercitado durante su vida terrena se lo confía ya a sus apóstoles, como su don de resurrección. De hecho, en el atardecer del día de la Pascua, apareciéndose Jesús a sus discípulos, les dio la misión de perdonar los pecados: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos» (Jn 20,22-23). La resurrección de Jesús es, para los cristianos, experiencia de misericordia, de perdón, de renovación espiritual, de participación en la victoria de Jesús sobre el pecado y la muerte.

«Nosotros, que hemos comido y bebido con él después de la resurrección de entre los muertos»: la misión cristiana

La resurrección forma parte del «misterio pascual», acontecimiento salvífico riquísimo que comprende la muerte (viernes santo), el «descensus ad ínferos» (sábado santo) y la glorificación de Jesús. Tal glorificación significa, a su vez, resurrección (domingo de pascua), ascensión (cuarenta días después de la pascua). Los padres de la Iglesia llamaban a este período que va de la pascua a pentecostés «un único gran domingo»³⁸.

Esta es nuestra fe. esta es la fe que expresamos, año tras año, cuando, al empezar la celebración de la noche santa, vamos hacia la Iglesia, guiados, en medio de la noche, por la claridad del cirio pascual, signo de Jesucristo vivo³⁹. Es la fe que nos proclama la Palabra de Dios en las lecturas de la vigilia pascual: la fe que empieza a encenderse con las primeras luces de la creación, la fe de Abrahán, la fe del pueblo liberado de la esclavitud por Dios que ama a los pobres y débiles, la fe de los profetas, la fe de la Iglesia apostólica. Esta es la fe que fue proclamada en nuestro bautismo y que con la renovación de las promesas bautismales vuelve a hacerse presente. Esta es la fe que, como culminación de la celebración de la noche santa de Pascua, se torna acción de gracias al Padre por su inmenso amor, y se convierte el pan y el vino en el cuerpo y la sangre del Señor, alimento que él mismo nos da para estar con nosotros por siempre.

Esta es nuestra fe, la que cada domingo, cuando celebramos la Eucaristía, recordamos y reafirmamos. La

38 Cf. Comité para el Jubileo del año 2000, *Jesucristo, Salvador del mundo*, 119.

39 Cf. J. Lligadas, *Meditaciones sobre Jesús*, 48-49.

fe que confía frente a todo miedo, la fe que nos dice sí, amén, al camino abierto por Jesucristo por nosotros. La fe en la salvación que como don inmerecido nos la ofrece Jesucristo permanente en los sacramentos y el anuncio de la fe por parte de la Iglesia.

Aquellas mujeres, después del anuncio del ángel, van corriendo a comunicarlo a los discípulos. Y por el camino les sale al encuentro Jesús mismo; aquella escena rebosa ternura: «Ellas se acercaron, se postraron ante él y le abrazaron los pies». Y Jesús les encarga precisamente aquello que ellas ya iban a hacer: ir a toda prisa a anunciarles la gran noticia a los discípulos. Y les vuelve a repetir lo que el ángel ya les había dicho: «Que vayan a Galilea; allí me verán».

Los discípulos no encontrarán a Jesús a Jerusalén, por los alrededores del templo, en el centro de la religión y del poder. Lo encontrarán en Galilea, en la tierra medio paganizada, abierta a todos los vientos, nudo de culturas. De allí, de la ribera del lago, habían salido ellos. Y allí tenían que volver, a aquella tierra que era su tierra. Allí, en su vida de siempre, verían a Jesús. Allí y en ningún otro lugar.

Como nosotros. Jesús resucitado nos dice a cada uno de nosotros: «¡No tengáis miedo!» Id con los vuestros, a vuestro trabajo, a nuestras calles y plazas, allí donde se construye vuestra vida, allí donde sois felices y allí donde sufrís. Allí, allí me veréis.

PARA DIALOGAR Y PROFUNDIZAR... guía para la lectura personal y/o trabajo en grupo

El «primer anuncio» en la vida actual de la Iglesia

1. ¿Qué espera hoy la Iglesia del «primer anuncio»? ¿Qué significa que «El anuncio del Evangelio se identifica con la acogida de la persona de Jesús y de su Iglesia, por ello no sólo exige conversión, sino también confesión de fe en Jesús como Hijo de Dios» ?

2. ¿Qué ámbitos de la pastoral de la Iglesia están hoy más necesitados del «primer anuncio» ?, ¿A qué destinatarios se debería de dirigir?

Jesucristo es el centro del anuncio

3. Señala algunos motivos por los que Jesucristo y su evangelio sigue presente en el mundo de hoy. ¿Por qué es una fuente incesante de novedad para la humanidad que se acerca a él?

4. ¿Cuáles son los rasgos principales de la vida de Jesús que se resaltan en la predicación apostólica de Hch 10,37-42?

Jesucristo, Buena noticia

5. Jesús comienza su misión mesiánica con dos sucesos evangélicos importantes, bautismo y tentaciones: ¿qué aportan cada una de estas escenas evangélicas a la misión y al estilo de vida de Jesús?

6. ¿En qué consistía la predicación de Jesús? ¿Qué alcance tiene aún hoy en nuestro mundo?

Jesucristo, nuestra Pascua

7. La pasión de Jesús expresa y manifiesta el amor hasta el extremo: ¿qué detalles de amor descubres en ella?

8. La resurrección de Jesús es la fuente principal del anuncio cristiano: a ejemplo de las mujeres y de los apóstoles, ¿qué miedos hemos de vencer para anunciar que Jesús vive? ¿Qué verdades más importantes conviene hoy anunciar del Nuevo Testamento y de la fe de la Iglesia sobre la resurrección de Jesús?



**Diócesis
Orihuela-Alicante**